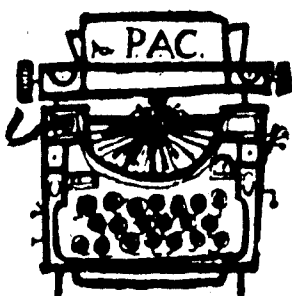


# El círculo y la línea



-He leído en estos días el nostálgico artículo de Adolfo Calero Orozco sobre Diciembre en Nicaragua y otros más en cuyas plumas se notan los renuevos producidos por esta segunda primavera de nuestro calendario que es diciembre. El sólo nombre del mes

promueve la evocación. Recordamos otros diciembre y el recuerdo nos introduce en un ciclo, en un movimiento circular como el de las estaciones de la naturaleza. Nos parece entonces que la historia, en cierto modo, se repite. Que algo del pasado retorna. Pero, inmediatamente, la otra concepción del tiempo, la lineal, agudiza la nostalgia al oponer, contra la idea de un retorno, la implacable e irreversible recta que va del nacer al morir. Círculo y línea.

En su lucha contra el tiempo el hombre crea el círculo para defenderse de la línea. Casi todas las civilizaciones antiguas inventaron mitos del retorno,

giros como los de los astros, fechas cíclicas en que el hombre recuperaba o reactualizaba su pasado para entrar luego a un nuevo periodo de vida. Suspender el tiempo —sentirse por un momento fuera de la historia— es lo que el hombre trataba y aún trata de conseguir al rodear a determinadas fechas de un ceremonial de muerte y resurrección, de fin y comienzo. Egipto, Babilonia, la India, Persia, Grecia... En las creencias cosmogónicas de los indios de Mesoamérica la tierra había pasado por cataclismos cíclicos que daban paso a una nueva creación con un nuevo Sol. Los Nahuas cada 52 años encendían el "fuego nuevo" y todo comenzaba otra vez: la rueda volvía a girar. Hasta las imponentes pirámides eran recubiertas por nuevas pirámides para significar el tiempo "nuevo". Después de una época mala —de una "época de tinieblas"— el hombre siempre ha esperado un renacimiento; de ese modo armaba su esperanza para soportar los malos tiempos. Las estaciones, el giro de los astros y sobre todo las fases de la Luna animaron en el hombre arcaico esta fe en el tiempo circular.

Con residuos de esas creencias sonamos pitos, tiramos serpentinatas, quemamos pólvora e ingerimos alcohol —para salirnos simbólicamente de la línea de lo habitual— cuando el reloj marca la hora 0 del nuevo año.

Sin embargo, en las costumbres del pueblo nicaragüense, el cambio de año no tenía mayor significación. Ninguna ceremonia ni festejo popular típico registra esa fecha en nuestro folklore. Pero en estos últimos decenios y sobre todo en Managua, el Año Nuevo se festeja cada vez con mayor frenesí. Es impresionante, en nuestra dispersa y desmembrada Capital, el horizonte de pólvora que, con su inmensa rueda de ruidos y de fuego, acompaña el paso del umbral del año. Posiblemente el nicaragüense necesita cada vez más ilusionarse y celebrar el año nuevo porque cada vez hay menos novedad en su historia y menos puede participar en ella. Mientras menos se soporta la historia, más se acude al círculo contra la línea.

En las leyendas que todavía subsisten en la memoria del pueblo nicaragüense, hay dos que encierran o simbolizan, en forma misteriosa, los dos modos de conjugar el tiempo a que venimos refiriéndonos: el círculo y la línea. La una es la leyenda de la Carreta Nahual, la otra la del Judío Errante. Cada una de ellas esboza un mito que es toda una concepción de la historia, pero —para nuestra sorpresa— las dos coinciden en considerar como maldición el escapar del tiempo.

La leyenda de la Carreta Nahual, tanto por su contenido como por su nombre es evidentemente mestiza y —salvo prueba en contrario— original de Nicaragua. Cuando se oye el ruido de una carreta en el silencio de la noche o cuando en la oscuridad nocturna la carreta que pasa no deja oír saludo ni voz humana, el pueblo, recordando la leyenda dice: "¡Es la carreta-nahua!" - Dos versiones parecidas, con ligeras variantes, una del departamento de León y otra de un campesino rivense —recogidas en los años del Taller San Lucas— cuentan así la leyenda:

En tiempos pasados un tren de carretas de peregrinos (en la versión de León viajaba al Viejo, en la de Rivas a Popoyuapa) se detuvo para pasar la noche en un paraje. Deshuncidos los bueyes y dispuestos los viajeros a dormir, se dieron unos a otros las buenas noches. Al saludo habitual de "Hasta mañana, si Dios quiere!", el capataz del tren carretero contestó blasfemando: "¡Y aunque no quiera!". A la mañana siguiente, dispuestos todos para emprender el viaje, encontraron al capataz dormido en su carreta. Cuantos intentos se hicieron para despertarlo fueron inútiles. Los peregrinos recordaron entonces su contestación y mientras discutían si aquel extraño sueño era un castigo de Dios, la carreta partió sola llevando al peregrino maldito. Desde entonces vaga por los caminos nocturnos de Nicaragua, jalada por bueyes invisibles o por esqueletos o cacastes de bueyes y el dormido sólo despierta cada siglo por unas pocas horas. Apenas alumbra el

sol vuelve a caer dormido y a ser llevado por la carreta mágica o embrujada, que eso significa "nahua" o "nagua" (de "nahualli", brujo) en la vieja lengua de los nicaraguas. Algunos narradores, más imaginativos, agregan que el capataz cree encontrarse con su mujer cuando despierta, pero es su nieta o su biznieta, o su tataranieta, la cual, aunque lleva en su rostro el parecido, no sabe quién es el que se le aproxima y huye despavorida.

La leyenda elabora en forma muy peculiar el mito del tiempo cíclico. El hombre despierta cada siglo, pero la carreta sigue andando. Es decir, el relato parece mezclar la concepción del tiempo lineal y la concepción del tiempo circular. Pero el mestizaje de ambos conceptos se produce como maldición, como algo perturbador. El hombre primordial veía en cada vuelta del tiempo —en cada despertar— un renacimiento, una nueva creación. Nuestra leyenda parece burlarse del despertar del capataz tanto como de su sueño. Como se ha dormido cree que todo sigue igual, pero todo ha cambiado. El hombre maldito es el que se duerme a la historia. (Y yo me pregunto ¿será ésta una parábola de la historia de Nicaragua que es un relevo de periodos de dormición —de periodos de irresponsabilidad— y de despertares trágicos?)

Por otra parte, la leyenda plantea también una teología. El protagonista no quiso aceptar el mañana como don de Dios, como voluntad de Dios. Creyó poder despertar por su propio poder y sólo logró que el tiempo se le escapara. La leyenda fue elaborada en una época de fe pero debajo de la fe hay un sustrato de ironía para quien se olvida de su finitud. El capataz no contó con la muerte y la Muerte burladora le sigue el hilo y no lo deja ni morir, ni vivir. El hombre que vive como si no va a morir —que es el principio de toda irresponsabilidad—, el hombre que niega su trascendencia, si se inscribe en la historia lineal es transportado por esa carreta tirada por bueyes muertos, es decir, por una progresión nihilista que viene de la nada y va a la nada. Y si se inscribe en la historia cíclica, es ese ser dormido y alienado que, cuando despierta, es un hombre anacrónico al que le está vedado conocer el amanecer.

La otra leyenda —la del Judío Errante— no es de origen nicaragüense, sino que arranca, al parecer, de la lejana Constantinopla del Siglo IV. Fue una leyenda inmensamente popular tanto en el oriente como en el occidente cristianos y de Europa saltó a América. En Nicaragua es tanto o más conocida que la de la Carreta-Nahual: pudo haber contribuido a su difusión su semejanza o su contraposición de la leyenda de Quetzalcoatl, el ser mítico blanco, barbado y anciano de siglos que una vez partió y cuyo regreso era constantemente esperado en los pueblos indígenas de Mesoamérica. La leyenda ha sufrido entre nosotros algunas variantes (como en todos los países) pero se conserva intacto lo esencial del relato:

Ashaverus o Asevero, el personaje legendario, era, según unos, un criado de Pilatos y según otros un zapatero de Jerusalén. El Viernes Santo mayor, cuando Jesús pasaba con la cruz a cuestas frente a la casa o zapatería de Asevero, cayó al suelo y al levantarse agobiado de cansancio le pidió que le permitiera descansar un momento. El judío le respondió sin compasión: —¡Anda! ¡Anda!. Entonces Jesús le dijo: —"Esa palabra que has dicho te obligará a andar hasta la consumación de los siglos!" Desde entonces cogió camino y no ha cesado de recorrer el mundo. Según las versiones nicaragüenses, el judío maldito nunca ve dos veces a la misma persona, nunca vuelve el rostro hacia atrás, y el cansancio, en vez de detenerlo, lo obliga a seguir errante.

Como el capataz de la Carreta-Nahual, el Judío Errante está condenado a no morir, pero su maldición lo ata, no al tiempo cíclico, sino al lineal. El circuito del capataz es un largo dormir y un breve despertar que se repite siglo tras siglo. La línea del Judío Errante es una vigilia eterna. La leyenda, a pesar de su simplicidad, deja un terrible sedimento de angustia al colocar al hombre en la situación de no poder detenerse. Parece como si se despojara al hombre de toda defensa contra el tiempo. Porque ¿qué es el tiempo en su más cruda realidad sino ese andar, andar, andar; ese paso sin repetición de un segundo a otro; ese no poder volver el rostro atrás y ese no poder ver dos veces a la misma persona? Pero, lo más doloroso, paradójicamente, es quedar ante el tiempo desprovisto de la muerte. El hombre teme a la muerte —su avance lineal indetenible le es una idea insostenible— y sin embargo, resulta mayor condena no morir, que morir. Es que "la vida está configurada por la muerte como su antítesis y destino". El hombre vive contra la muerte y hacia la muerte. Esta contradicción en su miseria y su grandeza. Es el conocer la muerte, es el saberla "contraria" lo que coloca al hombre por encima del animal; lo que le hace superior a su propia finitud y lo que le testimonia su capacidad de trascenderla. Dice Landsberg: "La angustia de la muerte y no solamente el dolor de morir, sería

incomprensible si la estructura fundamental de nuestro ser no incluyera el postulado existencial de algo que está más allá".

El Judío Errante era antaño el símbolo del pueblo judío, pueblo entonces sin patria y eternamente exilado y perseguido. Al llegar a nuestro tiempo la leyenda más bien parece simbolizar la concepción del tiempo lineal o continuo de la mentalidad moderna racionalista, cientifista e historicista que impide abrigar cualquier esperanza de trascender el tiempo de la historia. La muerte se ha convertido en un volver a la nada y la historia —arrojada a los brazos de un tiempo implacable e intrascendente— ya no es más que terror. ¿Será que la falta de compasión, la falta de solidaridad con el hombre, hace imposible redimir el tiempo? ¿Será que cuando no hay amor en la Vida no hay salvación en la Muerte?

Yo invitaría a mis lectores a leer

nuestra historia actual nicaragüense con los ojos de los dos personajes malditos que hoy hemos recordado. El que despierta cada siglo ¿encontraría otra cosa que repetición o recaídas en los mismos pecados históricos del pasado? El que no cesa de andar ¿le encontraría finalidad a esto que llamamos historia?

El círculo, que se ha convertido en pura monotonía y la línea, que ya no es más que una árida sucesión ¿a dónde nos llevan? ¿Qué historia estamos tejendo con el hilo del tiempo que no se repone?

Diciembre es una buena fecha para renovar al hombre interior. Para exorcizar la maldición del tiempo perdido. Para no seguir transportados por la carreta-nahua hasta despertar a una trágica realidad. Para no seguir andando, andando, andando... sin meta y sin sentido.